

Evidentemente, la estética postula a la ilustración hoy por hoy otros derroteros menos gráficos y mucho menos vinculados a la imagen degradada de lo publicitario. Y aquí, queremos vincularlo a una relación más particular que se establece en la construcción de relaciones estético-plástico-literarias que se ejercen en la literatura para niños. Explicado de otro modo, las relaciones surgen entre ilustración, imagen y texto escrito en un libro destinado a niños o inclusive en uno destinado a adultos. Aunque la diferencia estribe en que el sentido de uno y otro no es el mismo. En un texto para niños hay dos condiciones previas que aparecen: por un lado la ilustración, la cual adquiere de pronto un carácter vehicular, de transporte; y por otro lado, cada vez más se acerca a un hecho estético de “alto calibre” en el contexto del propio diseño gráfico. Dicho de otro modo, la ilustración hoy por hoy, no cumple como inicialmente fue su primaria y mera función de ser “ilustrativa” o en todo caso “dibujativa”. Es cierto que si hacemos referencia histórica a la relación entre el libro y el dibujo, especialmente en los libros para niños o inclusive aún más en otro tipo de libros, éste sólo era portador de una voz duplicadora de los propios procedimientos y mecanismos de la narración. Es así que el “dibujo” contaba lo que estaba ausente de los diálogos o era imposible incluir en ellos, es decir la descripción del paisaje o del ambiente, los sentimientos de los personajes, etc. El dibujo se daba a la creación de una atmósfera, que a falta de un texto narrativo, la suplía lo gráfico, lo ilustrativo. Hay muchos ejemplos de ello, y además colocados en textos que su divulgación tenía por principio, en una mayoría de casos, la simplificación del acto propio de la escritura. La sustitución de lo escrito por la imagen significó así inicialmente un acto de simplificación literaria, pero a la vez un “engrosamiento” de lo visual. Verbigracia de este principio, libros tales como “Corazón” de Edmundo De Amicis, “Mujercitas” de Louisa May Alcott o “El príncipe valiente” de Harold Foster. Sin embargo, pronto abandonaría esa función meramente mediadora y se desarrollaría como un arte propio y relacionado con otro segmento, es decir el libro y su texto.



[Fig. 1. Ilustración de «Corazón» de Edmundo De Amicis.]